



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 116

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24
 LUNES 22 DE ABRIL DE 1901

CONDICIONES
 El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DE MINERIA

Nuestro distinguido amigo el señor D. José María Pelegrín, Presidente del Sindicato minero de esta provincia, nos entrega para su inserción, copia del Acta de la sesión celebrada el viernes último en Murcia, por los señores que formaron la mesa del Congreso minero de Mayo del próximo pasado año, con objeto de hacer uso de las facultades que le fueron conferidas en aquel acto, relacionadas con el lugar y fecha en que se había de celebrar el segundo de dichos certámenes.

Como se verá por el acta que se transcribe, el acuerdo tomado no puede ser más oportuno y patriótico, al acoger el pensamiento de aprovechar la Exposición Iberoamericana que se proyecta para el año 1903 en la rica y hermosa capital de Vizcaya, una de las más prósperas de nuestra España, así por el gran desarrollo que en aquella comarca han alcanzado las industrias todas, el comercio, y especialmente la navegación, como por el estado floreciente en que se encuentra la explotación del subsuelo, abundantísimo en minerales ferruginosos.

Mucho celebramos que los grandes alicentos bilbaínos, lleven á sus activos e inteligentes hijos á secundar la hermosa obra iniciada el año último en nuestra región, dando á conocer por medio de Exposiciones y Congresos especiales, los adelantos obtenidos en la minería y metalurgia de nuestros ricos y numerosos distritos; y con no menos satisfacción observamos la decisión y empeño con que capitales importantes se dedican al fomento de una de las industrias más valiosas y lucrativas de nuestra patria.

Véase ahora el texto íntegro del acta á que hemos hecho referencia:

ACTA

«En la ciudad de Murcia á 19 de Abril de 1901, reunidos el Excmo. Sr. Conde de Torrepando, contrario regio designado por el Excmo. Sr. Ministro de Fomento para presidir el primer Congreso Nacional de Minería celebrado en esta capital en Mayo de 1900, y los Sres. D. Diego Hernández Illán, D. José María Pelegrín, D. Vicente Martínez Villa y don Antonio Belmar y Laque, todos los cuales constituyeron la Mesa definitiva del citado Congreso, por el Sr. Pelegrín se dió lectura á la siguiente carta:

Sr. D. José María Pelegrín, Presidente del Sindicato minero de esta provincia, Cartagena.

Muy respetable y distinguido amigo. Al tener el gusto de saludarle, tengo una especial satisfacción en manifestarle que los miembros de V. han acogido con entusiasmo la idea por mí iniciada de celebrar en Bilbao el segundo Congreso Nacional de Minería, pero se espera, como es natural á que la Mesa del primer Congreso de esta provincia, en esta privilegiada tierra del Sur de España con excelentes y cariñosos amigos y mi entusiasta simpatía, tantas veces hecha pública, por Cartagena, es lo que me induce á que V. sea intérprete de mis deseos manifestados en la sesión de clausura del Congreso organizado por ese Sindicato, y cuyos frutos comienzan ya á recogerse.

«En espera de agradables noticias se reitera de V. con la más distinguida consideración personal, affmo. e. s. q. s. m. b.

Luis Rui-Wamba.

Cartagena 12 Abril 1901.

Expuesto por el Sr. Belmar, Secretario de la Mesa, que efectivamente se concedió á esta obra la sesión del día 15 de Mayo último autorización para que designara el lugar y fecha en que debía celebrarse el segundo Congreso Nacional de Minería, los señores presentes acogieron con agrado las indicaciones del Sr. Rui-Wamba hechas anteriormente en la citada sesión, tanto por la conveniencia que entraña para el progreso de la industria minera la celebración de tales asambleas, como por ser oportunísima la fecha en que se proyecta

celebrar el segundo Congreso Nacional de Minería, en la ciudad de Bilbao, donde la explotación del subsuelo alcanza un desarrollo en extremo floreciente, acordándose por unanimidad, conforme á los deseos manifestados, que se verificase el segundo Congreso Nacional de Minería en Bilbao el año 1903, y dando conocimiento de este acuerdo al solicitante y demás interesados que lo pujan, sin perjuicio de hacerle público por medio de la prensa periódica.

«Y cumplido el objeto para que esta reunión ha sido convocada, el Sr. Presidente la dió por terminada, extendiéndose la presente acta que firman todos los citados Sres., con cargo al secretario de que certifique:

El Conde de Torrepando.—Vicente Martínez Villa.—José María Pelegrín.—Diego Hernández Illán.—Antonio Belmar.

No terminaremos sin felicitar una vez más al Sindicato Minero de esta provincia, por sus nobles iniciativas e incansable labor en pro de la minería, y especialmente á su digno Presidente Sr. Pelegrín, por la actividad é interés con que ha coadyuvado á que los laudables deseos de los bilbaínos se cumplan al ser designada su idiosincrasia capital como punto de celebración del segundo Congreso nacional de minería, del que no dudamos se han de derivar grandes ventajas para la misma, á juzgar por los resultados que estamos presenciando; consecuencia indudable del certamen análogo, verificado en nuestra capital en Mayo de 1900, siendo varias las empresas que agenas á nuestra región, se proponen emplear sus capitales en ella, no bien conocida en toda su importancia, antes del citado Congreso.

«Por falta de peso ó por adulteración en la sustancia, la estafa es constante en el pan, en el vino, en la leche, en el carbón, en las patatas en todo lo que se vende por peso ó medida.

La mayor parte de los días del año—qualquiera puede advertirlo—la carne es mala, y es cara, el vino es artificial, la leche tiene el 20. al 30. y hasta el 50 por ciento de agua, y todo cuanto se compra, si se sometiera á una comprobación concienzuda, se vería que adolece de ese vicio.

Se falsifica todo, todo se adultera, nada es auténtico, desde las listas electorales y los telegramas de los corresponsales, hasta la copa de vino que el obrero bebe en la taberna, ó la tela de lana que el primer día de sol se destiende y estropea.

La pintura es exacta, la pincelada es de mano nuestra y acredita que quien ha pintado ese cuadro de estafas y abusos ha estudiado la cuestión á fondo para llegar á descubrir la red de picardías en que quedan aprisionados el dinero y la vida del consumidor.

«Pero qué adelantamos con quejarnos? Nada; lo que hemos adelantado antes. Ya verá «El Correo»

como apesar de esas acusaciones que le arranca su justa indignación, sigue lo mismo todo, sin que nadie se ocupe de precios ni de clases. Los industriales seguirán haciendo su negocio, dando al consumidor gala por liebre, y este continuará ingiriendo en su estómago sustancias que le irán poniendo á cada instante más anémico de lo que ya está.

Es preciso hacer algo para acabar con eso. Por compasión hacia las clases infelices que viven del escaso jornal y por deber de conservar á la raza la poca fortaleza que le va quedando, se impone una medida radical, dura, muy dura, tan dura como preciso sea para desarraigat esa mala costumbre de no dar al comprador lo que paga en buena moneda y con las condiciones de bondad que debe de tener.

Seguramente no hay en el momento actual en España cuestión más importante que esta de las subsistencias, y por lo mismo de biera atenderse á ella con preferencia á las demás.

TIJERETAZOS

Loemos:
 «Está próxima la hora... El pulso es débil, la respiración fatigosa, el corazón funciona con irregularidad. Mueren, y nadie derrama por ellos una lágrima. Mañana ó pasado se publicará la pequeña de defunción en la Gaceta, y no se los harán entierro ni funerales».

Comprendido, se trata de las Cortes.
 Si «El Correo Español», cuyo es el párrafo tristón que dejamos copiado, hiciera de enterrador en ese drama; cualquier día sonara para el parlamento la hora de la resurrección!

En Marsella ha visto la luz un folleto en el que el autor pretende demostrar el valor de lo que recibió Judas por vender á Cristo!

Yo no digo que no sea malgastar el tiempo; pero me parece que cualquiera que sea el valor que se asigne á los treinta di-

EN TODAS PARTES QUECEN HABBS

La subida de la carne ha influido en la prensa madrileña para ha-

Ilusiones en el porvenir, á esas frases desgarradoras con que los moribundos piden esperanzas á los que les rodean, Ella le dice con esa voz débil y tierna de los enfermos: «¡Qué bien!» está cuando no se padece... ¡Y cómo voy á disfrutar de la vida cuando está completamente bien!»

Y él le contestaba con un «Si» ahogado por el llanto.

la puerta que se cierra, de la cara que tiene el que se recibe en casa y al que se le pregunta con la mirada si vive aún.

Como todos los que se hallan al cuidado de los enfermos, se complacía en sus propias acusaciones, diciéndose que había habido falta suya, que no se había hecho todo lo debido, que acaso se habría salvado de haber celebrado antes la consulta, de haber hecho determinada cosa en tal época, tal mes ó tal día.

Por la noche el calor del lecho prestaba fiebre á su dolor. La soledad, la sombra, el silencio, se convertían para él en un sólo pensamiento y una sola imagen: ¡su hija, y sólo su hija! Su imaginación se agitaba con ansiedad; todos sus temores se extremaban y sus susurros acababan por tomar la punzante sensación de la pesadilla. Por las mañanas se despertaba acobardado, y como el hombre medio dormido que por instinto buye de la claridad, reobazaba sus pensamientos y trataba de ahuyentarlos un momento y de recurrir al sueño, huyendo de la convicción de su presente.

Después venía el día con sus tormentos, y el padre se veía obligado á reprimirla, á vencerse, á mostrarse alegre, á contestar á las sonrisas del sufrimiento, á esas tristes alegrías, á esas infundadas

«¡Ah! ¡sí, muy enferma!» Y sus mismas palabras le hacían el efecto de oírlos á los que marchaban á su lado. Algunas veces pasaba delante de él una obrera sin abrigo ó una muchacha hermosa y alegre como la salud del pueblo, y cruzaba la calle para no verlas. ¡En algún momento tuvo verdadera rabia contra todos todos los que veía pasar, contra todos aquellos vivos inútiles, que no eran amados como su hija y que no tenían necesidad de vivir!

Llegó á un jardín público. Un niño le colocó algunos terrones de arena sobre los faldones del gabán; otros, envalentonados, con audacia propia de pajarillos, se le acercaron también. Luego, poco á poco, cortados, abandonando sus palas, se pusieron á mirar temerosa y dulcemente, con mirada de hombre cillos, á aquel señor tan triste... M. Mauperin, levantándose, se marchó del jardín.

Tenía la lengua gorda, la garganta seca, y entró en un café.

Enfrente de él había una niña con canesú blanco y sombrero de paja; entre su pantaloncito acobado en pieles y su calcetín, veíanse las pantorrillas, é inquieta y juguetona, no hacía más que subir, saltar y jugar sobre las piernas de su padre. Sobre la piel rosada de su cuello brillaba una crucecita, y su padre no cesaba de repetir: